rados en la sociedad como un objeto de lujo: asistian á los banquetes y festines y los amenizaban con sus trovas. Su poesía nada es menos que sábia; en las formas se encuentra esa facilidad á menudo vacia de sentido, que solo sirve para deslumbrar: en cuanto á ideas nada se halla que indique conocimiento en los clásicos, en la historia, en la mitología y en las costumbres de los pueblos; á menudo lo que hacen es cantar el vicio y deprimir la virtud, porque encenagados en aquel no conocen la hermosura de ésta, y así no pueden pintar mas que lo que sienten; así es que el mayor número de sus obras consiste en versos apasionados llenos de una loca alegría y de una osadía impúdica que ofende los oidos menos morigerados. Lejos de beber en la religion altas inspiraciones la envilecen con aplicaciones profanas; en cuanto sucede nada ven que les inspire la mas remota idea cristiana, y solo se halla en sus composiciones una sátira insultante, una injuria grosera y un cinismo procaz: pensamientos mezquinos en lugar de grandes ideas, sutileza en vez de adhesion verdadera, y por decirlo de una vez, la mas corruptora licencia, la perversion de las costumbres.

Ligada su imaginacion á las ideas de su siglo que no pudieron corregir, se hicieron ellos mismos héroes de obscenas novelas, de lo cual resultaron escándalos de que son buen ejemplo los

adúlteros amores de Macías cantados por él mismo y que le ocasionaron una trágica muerte en Andalucía; las aventuras impúdicas de Pedro Vidal de Tolosa, con la señora de Saint-Gilles, que dieron lugar á que el marido de ésta le mandase taladrar la lengua, no siendo esto óbice para que se corrigiese su desenfreno, puesto que aun se espuso á las iras de la vizcondesa de Marsella, á las burlas de los cruzados en Chipre, y en España á las befas de los aldeanos. Seria una tarea fuera de tiempo haber de referir todos los estravíos de estos parásitos romancistas, y los diferentes modos empleados por ellos para seducir la virtud y estraviar las costumbres, llegando su estravío al estremo que este pasaje de Ponce Capdeiul indica: "Os amo, dice, con la ternura que ningun otro objeto ocupa mi memoria: me olvido de mí mismo para pensar en vos, y hasta cuando dirijo á Dios mis oraciones está lleno de vuestra imágen mi pensamiento." Más impío aún Hugo de Bachelerie, se espresa con esta blasfema libertad: "Nunca recito el *Padrenuestro* sin que antes del *que estás en los cielos* se vuelvan á ella mi pensamiento y mi corazon;" y más aún, Bernardo de Ventadvur: "De seguro, esclama, hasta Dios se pasmó cuando consentí separarme de mi dama, y aun debió agradecerme que por él me alejara de ella. No ignoro que si la pierdo jamas volveré á encontrar ventura, y que ni él mismo tendrá con

que consolarme." Tales eran los que se dedicaban al galanteo; pasemos revista á los demas, y despues podremos juzgarlos á todos y hacer reflexiones sobre ellos, para juzgar las leyendas religiosas y conocer y apreciar su mérito en su punto verdadero de vista considerado.

Los que se dedicaban á la sátira no tenian reparo en ofender, ni se paraban en el sexo, condicion ó estado de las personas contra quien se dirigian; todo lo atropellaban, todo lo herian, disparando sus dardos envenenados contra las mujeres, los guerreros, y muy especialmente contra los eclesiásticos, siendo hasta asqueroso leer sus producciones, y en prueba citaremos uno, aunque con el sentimiento de manchar nuestro escrito, siquiera porque no se juzgue que hablamos por hablar y acusamos tan gratuitamente como nos acusan. Tomaremos este trozo de Pedro Cardenal: "Indulgencias, dice, perdones, Dios y el diablo, todo lo ponen por obra estas gentes (los eclesiásticos). A éstos les conceden el Paraiso con perdones; envian á aquellos con las excomuniones al infierno; descargan golpes, contra los cuales no es posible ponerse á cubierto, y nadie inventaria un lazo que no supieran tender ellos con más destreza." Por aquí podemos inferir cómo trataria al resto de la sociedad y cuál era el giro dado á la sátira en aquellos infelices tiempos.

En medio de una sociedad tan corrompida, que

se desquiciaba al vaiven de todos los desórdenes, el clero tuvo que acudir á su remedio, y pensó que nada seria más á propósito que las lecturas santas, buscando así el antídoto por los mismos medios que circulaba el veneno; así es, que á poco que contemplemos las leyendas, vemos que todas ellas tienen por objeto el triunfo de una virtud ó el castigo de algun vicio: se quiere inspirar horror al tráfico de venderse mútuamente los hombres, ahí tenemos á S. Babon, ermitaño de Gante, que desesperado por el recuerdo de haber vendido un individuo cuando estaba en el siglo, se dirige á él diciéndole: *Yo soy quien te ha ligado; golpeame, encarcélame, cárgame de cadenas*, y no pára hasta que lo consigue: así, el que leia este relato comprendia que la esclavitud era un mal y compadecia los esclavos. S. Martin era un soldado; lava á su esclavo, le sienta con él á la mesa, dá la mitad de su capa á un pobre, y Jesucristo se le aparece vestido con ella. De este modo se cobraba apego á la caridad y odio al egoismo, y así se mejoraba la corrompida sociedad [1].

Por donde quiera que registremos las leyendas y de cualquier modo que lo hagamos, resulta que

1 Creemos inútil manifestar, que reconocemos y confesamos los milagros; y así, que en todo lo que vamos esponiendo tenemos por objeto solo considerar estas leyendas tan combatidas, en su parte literaria, civilizadora y social, que es como las tratamos en este lugar.

su composicion era una necesidad del siglo; y que convencidos de esto los autores se propusieron mejorarle por este medio y proporcionar lecturas piadosas, en las cuales, al par que se referian las misericordias de Dios con sus escogidos, los castigos fulminados contra el vicio y las recompensas acordadas á la virtud, se estimulaban los corazones hácia lo bueno y mejoraban las costumbres, adquiriéndose un santo desvío de lo malo y un odio hácia el vicio, que debian con el tiempo inspirar horror á las cínicas obras de los trovadores, y atraer la poesía hácia lo honesto, haciéndola recibir sus inspiraciones de la religion, único modo como se ha elevado á la altura en que la admiramos; con lo cual queda demostrada la utilidad de estas leyendas, no solo para la sociedad y la civilizacion, sino para la misma literatura, á la cual va á dar nuevo ser, vida más hermosa, inspiraciones más elevadas; mas en tanto avanzamos á esta época, bueno será proseguir nuestra tarea y pintar el modo cómo en esta pugna empeñada con la corrupcion, hizo el clero triunfar la virtud y las ventajas que las leyendas proporcionaron á los pueblos, á los individuos, á las letras y á la religion.

Como dejamos referido, estas leyendas estaban encaminadas á hacer triunfar la virtud y á esterminar, ó por lo menos combatir el vicio; por tanto, vemos en ellas, que unas veces sus héroes son

ladrones que no hallan puertas que les den salida, ó santos oponiéndose con sermones á las armas de los que los acometen; vírgenes ultrajadas, cuya virtud es vengada por una lepra espantosa que cubre á los delincuentes ó ermitaños, á quienes es revelada la condenacion del opresor. Yo abro estos despreciables libros, segun los filósofos, y contemplo á Santulo condenado á muerte y salvado por un milagro que inutiliza el brazo del verdugo, volverle el movimiento haciéndole jurar que no se serviria de él para dar muerte á ningun cristiano; y por último, cuando los mismos que le condenaron llenos de veneracion le ofrecen cuanto pida, contentarse con decir: "Si queréis hacerme algun regalo, entregadme los esclavos que habeis hecho y rogaré por vosotros [1]." Yo considero al abad Soriano dando á los prisioneros de los longobardos cuanto tenia en su monasterio, inclusas las legumbres, y no quedándole con qué saciar la codicia de los vencedores, ser asesinado, y esta contemplacion me lleva como por la mano á deducir lo que nadie podrá negarme, y es que estas lecturas no podian menos de inspirar una compasion que debia redundar en ventaja de los infortunios, y por lo mismo en bien de la sociedad.

Un monstruo tenia aterrada la comarca de

1 Bolland, 11 de Abril.

Rouen, y el obispo S. Romano sale á conjurarle acompañado de un reo de muerte que huye á su vista, sin embargo de haberle prometido la libertad; mas el prelado echa la estola al cuello del monstruo, le obliga á seguirle y los exorcismos le hacen desaparecer con alegría de todos. En memoria de esto, el capítulo de Rouen todos los años perdonaba un reo de muerte; y así en el imperio del despotismo y de la barbarie, introdujo el clero el indulto, precioso derecho en medio de tantos abusos de la fuerza. Si un pobre llegaba pidiendo limosna á la puerta, merced á las leyendas que contaban que Jesucristo habia tomado algunas veces esta figura y honrado con su presencia las mesas de los caritativos, era socorrido porque el corazon se conmovia á presencia del prodigio. Si un peregrino solicitaba ser albergado en la pocilga ó la cuadra, los fieles recordaban á S. Alejo, hijo de real familia, viviendo desconocido en la casa paterna, debajo de una escalera y recibiendo un pedazo de pan de mano de los criados de sus padres.

Los que en las leyendas no ven mas que los milagros, las desprecian como monumentos literarios, y mas si los lectores son del número de los incrédulos; pero el filósofo tiene algun deber mayor; su obligacion es trasladarse á los tiempos, medir las circunstancias, reflexionar sobre las costumbres, analizar los sucesos; pero sin perder de vista el corazon del hombre y sin estudio, y despues deducir de estos preliminares, que así es como se llega á la verdad. Nosotros despues de reconocer el poder de Dios, admirable en sus santos, y confesar los milagros y prodigios que estos hicieron en su nombre, debemos manifestar que en este capítulo no es nuestro objeto al referir los sucesos publicar los milagros ni probarlos; esto pertenece á la teología y su declaracion á la Iglesia; una vez hecha ésta se cerró el debate; no hay lugar mas que para acatar y creer, y por lo mismo que nosotros creemos sobre este particular no discutimos, tanto más, cuanto sabemos que nuestros enemigos no lo creen, y seria necesario para convencerlos mucho tiempo, muchos volúmenes y escritos de diferente género que el que nos ocupa; y por lo mismo que cada cosa tiene su tiempo y su lugar, allí los remitimos, no negándonos, por nuestra parte, á defender cuantos milagros tiene declarados la Iglesia y á convencerlos de ellos, si para ello nos buscan; y no creen tan despreciable nuestra insuficiencia, que no merezca siquiera los honores de entrar con ellos en discusion, y por lo mismo repetimos que en este escrito consideramos y tratamos las leyendas religiosas en su parte literaria y con relacion á la sociedad y á la civilizacion, presentando por medio de ellas los grandes servicios, los eminentes beneficios que hizo el clero á la humanidad y

á las letras, introduciendo por su medio en ellas el espíritu religioso y las máximas y consejos del Evangelio, sin los cuales ni hay moralidad en los pueblos, ni órden en los gobiernos, ni felicidad en las naciones.

Consideradas las leyendas como un poderoso antídoto contra el veneno de las trovas y los escándalos de los juglares y trovadores, no se puede negar que merecen algo más que el desprecio á que las condenan los *críticos filósofos de nuestros dias:* que ellas ejercieron un fuerte influjo en la civilizacion, que aficionándose el pueblo á su lectura se moralizó; que entreteniendo los ocios de los guerreros suavizó sus instintos feroces, y que amansó el despotismo de los reyes en un tiempo en que su voluntad era la ley, puesto que ellas los enseñaron á dominar sus pasiones y vencer sus hábitos precisamente cuando las trovas aguijoneaban su soberbia, avivaban sus pasiones, adulaban sus caprichos, disculpaban sus vicios y santificaban sus desórdenes, ensalzando su corrupcion y sus escesos [1].

En las leyendas todos los vicios están condenados y pintados con los colores más propios para inspirar horror, al par que las virtudes engalana-

1 Alfredo Maury, Ensayo sobre las leyendas piadosas de la edad media, segun los conocimientos que suministran en el dia la arqueología, la teología, la filosofia y la fisiología médica. Paris, 1843.

das con todas las formas que pueden hacerlas amar. Así es que en ellas todo está simbolizado á propósito de sernos provechoso y de moralizar los pueblos y los reyes, y hacer sociables y humanitarios hombres envueltos en el velo de la barbarie y avezados á los desafueros y hasta amaestrados en los crímenes. ¡Y aun se les critica y censura! ¡Tal es el hombre! ¡Tales cosas suceden con el curso de los tiempos!.... Prosigamos nosotros nuestra tarea y el exámen de estas leyendas tan combatidas por los acusadores del clero, á ver si en ellas encontramos un monumento social y literario útil á la humanidad y á la civilizacion.

Esta inclinacion de nuestra naturaleza carnal á buscar lo peor aun despues de haber visto lo mejor, tan bien cantada por el desterrado del Ponto [1], está simbolizada en las leyendas por el diablo, genio de la materia y de la fealdad, tomando diferentes figuras, segun los apetitos de aquel á quien tienta, y provocando á unos á la lujuria, á otros á la duda, á éstos á la avaricia, á aquellos á la vanidad, á todos al vicio; para conjurar estos males están las leyendas religiosas que prestan con su relato ocasion de aborrecerlos y amar la virtud contraria; así vemos á Victorino de Nápoles perseguido en el desierto entre sus ayunos y auste-

1 *Video meliora proboque, deteriora tamen sequor.* P. Ovidio. Nason.

ridades, por el enemigo comun, que trata, bajo la figura de una hermosa jóven que se vale del llanto del infortunio, de precipitarle [1], sobreponerse á sus halagos y triunfar de sus incentivos. Hay leyendas que pintan los generosos sacrificios de la hermosura, sus triunfos sobre sí misma y sobre cuantos encadenan sus gracias. Úrsula de Bretaña, escogida para esposa del príncipe germano Coman, que era idólatra, determina á sus once mil compañeras á prometer con ella virginidad al escelente esposo, y no contenta con esto y abrazar todas el cristianismo, induce á su prometido á imitar su ejemplo; pero los godos asedian á Colonia y todas mueren defendiendo su pudor contra el desenfreno de los bárbaros, convirtiéndose aquel enjambre de vírgenes en un coro de bienaventurados á quien abre el cielo sus puertas. Inés, la bella romana que escitó el amor del hijo del conde Sempronio, por no quebrantar el voto de castidad, es espuesta desnuda en un lugar de prostitucion, y el cielo la depara un velo con que cubrir su desnudez alargando su cabello, cayendo muerto su amante al querer ofender su pudor. Sempronio entonces la acusa de magia y sus ruegos al cielo hacen resucitar al pecador: padre é hijo se convierten, mas los sacerdotes paganos siguen el proceso, y mártir de la fé y de la virtud

1 Bolland. 8 de Enero.

vuela su alma á unirse al coro de las santas vírgenes [1].

Diferentes relaciones de éstas son muy á propósito para escitar la piedad. Imma, dejado por muerto en el campo de batalla, merece que su hermano, el abad Tunna, ofrezca diariamente el sacrificio incruento por el descanso de su alma. El jóven guerrero, cuidado por el enemigo, yacia cautivo, sano de sus heridas, y en el momento en que á la hora de tercia el amor fraternal llenaba su piadosa práctica, se rompen sus hierros, y el amo le devuelve su libertad. De este modo se aumentó la piedad con los difuntos, y se multiplicaron los sacrificios por el descanso de sus almas [2]. La devocion á María Santísima, se escita por medio de la proteccion que tan soberana Madre dispensa á sus devotos, ya pintándola ocupándose en defenderlos de enemigos, ya entregándose á desempeñar sus cargos, ya consolando sus aflicciones, ya socorriendo su desgracia, ya remediando su angustia. Aquí un monje, guiado por la devocion, pinta á la Vírgen admirablemente hermosa y el diablo á sus piés de una espantosa fealdad; lleno de envidia el enemigo comun, quiere que mejore su pintura, el monje se niega, y en ven-

1 Bolland. 21 de Enero. S. Ambrosio escribió esta historia.

2 Beda IV, hist. 22, dice que oyó contar el hecho á uno que habia conocido al cautivo.

ganza le suscita peligros, le crea persecuciones; pero de todo le libra su santísima protectora. Allí muere un devoto del santísimo Rosario y es condenado al infierno, de entre cuyos horribles tormentos le salva María conduciéndole al seno de los bienaventurados. En el valle de Chiavena se desprende una porcion de tierra, y uno de los obreros que trabajaban en la cantera del mármol serpentino, queda enterrado, llorándole todos como muerto: un año permaneció bajo los escombros, y todos los dias su mujer hacia celebrar misa por su alma, á escepcion de uno que se lo habia impedido una inundacion; al cabo de este tiempo fué hallado vivo, y confesó que todos los dias, escepto uno tan solo, habia venido una paloma á traerle un delicioso alimento [1]: de este modo se acrecentó la devocion para con las ánimas del purgatorio, y estas leyendas cundian con respeto entre un pueblo que así se acostumbraba á la devocion y á la piedad, á la moralidad y á la virtud.

Estas leyendas tan escarnecidas, fueron un correctivo de su siglo, y en la edad média, por medio de ellas, el clero encontró una recompensa para cada virtud; un premio para cada accion buena, para cada vicio un castigo, para cada crímen un freno; y colocó la misericordia al lado del des-

1 S. Pedro Damiano.

afuero, la humildad junto á la soberbia, enfrente de la ira la templanza, y el bien en contrapeso del mal. Un acto de justicia valdrá á Trajano las oraciones del papa Gregorio, que tendrán bastante eficacia para sacarle del infierno. El mismo Judas obtendrá algunos instantes de descanso en el eterno castigo reservado á su traicion; de este modo suavizaban las costumbres; y mostrando abierta la senda del arrepentimiento á los pecadores, á los que no habian pasado aún por esta carrera de pruebas y de expiacion, los ponia en el caso de mejorar sus costumbres, refrenar sus pasiones, enmendar sus vicios y seguir el abandonado camino de la virtud, sucediendo que de este modo la corrompida sociedad, por medio de estas leyendas, fuese poco á poco mejorando su condicion y progresando en la senda social enmendando sus desórdenes, para así dar acogida á sentimientos humanitarios y civilizadores. Así es, que se ve por lo comun volver en sí, en las relaciones de aquella época, de escenas de célebres ladrones y de feroces bandidos, convertidos por la palabra de un hombre piadoso en grandes santos con ayuda de la gracia. En el mundo antiguo no habia regeneracion para la mujer pecadora; si el disgusto, la fatiga, el despecho ó la vergüenza, la hacian abandonar el mal camino, nadie se encontraba que la ayudase y animase al arrepentimiento, ni menos quien la hiciese respetar: al reves el cristianismo, mostraba á la Mag-